

UN DICCIONARIO DE LA LENGUA DE LOS APACHES

VISITANDO A EMILIO CHAUTARD, OBRERO TIPOGRÁFICO, EL LITTRÉ DEL ARGOT

(París, 1933)

ES corriente decir que los hombres se conocen hoy mejor que antes, y que los medios rápidos de comunicación entre las naciones han multiplicado las relaciones entre los pueblos vecinos, y aun entre los lejanos. ¡De cuántos errores no es causa ese sofisma! Para darse cuenta de ello basta leer, en Alemania, en Estados Unidos o bien en Inglaterra o Francia, las novelas inspiradas por España, esa biblioteca de innumerables españolas.

Por el contrario, también, hay en el mundo gran cantidad de falsas visiones de París. ¡Cuánta gente de buena fe, visitantes serios, y turistas enemigos de lo falso pintoresco han recorrido un Montmartre de pacotilla, completamente fabricado por empresarios de viajes y de mentiras internacionales!

Debería haber habido en cada gobierno, no una oficina de difusión, sino de control del turismo. Verdaderos crímenes son los cometidos por esos falsificadores del alma, de la civilización, del arte y tal vez aun de lo que es más sagrado, las costumbres de un país. Por no haberlo hecho y por haber respetado una sedicente libertad de mercaderes y arrendadores de piezas amuebladas, los visitantes extranjeros de tal o cual nación se han hecho una idea errónea del país al cual los llevaba una simpática curiosidad.

Lo que hay de peor en el caso de Montmartre y de todas las ciudades que han conservado una vida local popular especial, es que la apariencia era fácil de obtener si se trataba de apresurados visitantes, en cuanto es posible tergiversar la realidad. Pero Montmartre no está a la altura de una creación de estudio de cine! Sus callejuelas y jardincillos, sus bares ambiguos, sus malos garzones y cantidad de mujeres libres que no consienten en «trabajar» sino para subvenir a las necesidades de un explotador, toda esa rara población existe en carne y hueso, recargada de color, con sus leyes muy suyas, con su pasado que raramente tiene que ver con la gran Historia y cuya importancia de geogra-

fía humana se ha mantenido en una ciudad de varios millones de habitantes.

Esa unidad social, esa casi célula etnológica y, podría decirse, ese pequeño pueblo diseminado, por sus ramificaciones, en el conjunto de los otros parisienses, esa Francia excepcional ha tenido ya biógrafos, poetas, novelistas y, en suma, toda una literatura.

Ello, si nos situamos desde el punto de vista exterior, para ir hacia el secreto de esa célula. Todos los transeúntes por los curiosos barrios de Montmartre han sabido, a pesar de la rapidez de su visita, adivinar que existían allí un barrio y una vida irregulares. Pero faltaba la clave. Si desvergonzados «cicerones» pudieron conducir a sus clientes a tugurios donde apaches teatrales simulaban una vida prohibida, ello quiere decir que las costumbres de las gentes vagabundas son fáciles de imitar. Pero la gran barrera entre la gente decente y la otra, es el lenguaje.

Los verdaderos ladronzuelos, los verdaderos rufianes, las auténticas «minas», en Francia, siempre han hablado argot. La inmensa literatura cuyos héroes son golfos—y que hoy cuenta a la cabeza a Francis Carco—no nos daba sino algunas frases transparentes de esa habla secreta.

Pero ahora ya tendremos el Diccionario del Argot.

He ido a visitar al autor de ese extraño trabajo de filología canallesca. Es un obrero tipográfico, Emile Chautard. ¡Admirable París donde uno jamás termina de asombrarse! En la más estrecha calle del centro de la ciudad, obstruida por rollos de papel de imprenta, se halla la famosa Imprenta de la Media Luna, que imprime quince diarios al día. Allí, entre un vapor de plomo, una polvareda secular, y el olor a tinta y a engrudo reciente de los telegramas de prensa, los hombres trabajan duramente. Pero cantan. Cambian entre ellos designaciones y palabras que los patrones no siempre comprenden. El argot está aquí en tierra propia. Hallo a un obrero de 56 años que interrumpe de componer en la linotipia un artículo de actualidad y me dice modestamente:

—¿Cree usted en verdad que esta cuestión tan parisiense pueda interesar a los americanos?

—Precisamente, porque se trata de París.

He vencido la resistencia de aquel solitario. No tengo más que anotar sus confidencias.

—Se concede, vea usted, al mismo tiempo mucha y poca im-

portancia al mundo de los bajofondos. El existe, pero no tiene ninguna pretensión imperialista. Vive para sí, y si a veces está en dimes y diretes con la justicia, es al fin en defensa propia.

Yo participo a mi obrero, maestro en el habla de los apaches, de la decepción que me ha producido la gente mundana que entre una y tres de la mañana van a los Halles (los mercados) a cenar entre pobres héroes que tiritan de frío, sin papeles de identidad, tan lamentables residuos humanos que hasta la misma policía ha renunciado a vigilarlos. Hablan y viven junto a gente de gorra y sin cuello almidonado, de overol o delantal. Nada los distingue de un artesano, de un obrero de trabajo ensuciador. Y la gente en traje de etiqueta y de smocking se asombra de que los miserables y los pseudo-trabajadores hablen el mismo lenguaje.

—¡El argot! Yo no lo he descubierto, menos aun inventado. Pero desde hace cuarenta años, muchacho de París habituado a manejarlo, sea porque entre los obreros es gusto cambiar términos que el jefe no entiende, sea por haberlo oído siempre, o por curiosidad, el hecho es que hace cuarenta años que estudio ese lenguaje. . .

—Según usted, desde el siglo XIV, desde las obras de un Estaquio Deschamps, o más antes, desde Villon, el famoso poeta pillastre que hubo que enviar a galeras, el argot evoluciona, pero no ha desaparecido. . .

—Exacto, señor. Yo adoro el argot. Es la gran fuente poética el crisol donde la lengua se renueva, la fábrica de palabras nuevas, de expresiones inéditas.

—En resumen, el escritor y, después de él, el hombre de mundo, van al bajopueblo a buscar elegancias nuevas, o snobismos, maneras de hablar, como se va en España a la Bombilla a buscar nuevos bailes?

—Cuanto al baile, no sé. En los «bals-musette» (bailes de apaches) donde los mocetones llevan gorras y cuchillos en el bolsillo, donde los revólveres salen a relucir por un sí o por un no, es ahí donde se cambian entre la gente del «ambiente» y los extranjeros, admirables palabras, forjadas o más bien nacidas espontáneamente de la garganta del pueblo. Vea usted. . . (El señor Chautard me entreaire un primer cuaderno, donde yo leo expresiones recogidas con paciencia benedictina por mi interlocutor). He tenido el valor de clasificar las palabras y las frases de los que hablan argot según los momentos de sus vidas. He aquí todas las expresiones relativas al nacimiento, al niño, a su crianza, a su primera educación. Sobre el primer cigarrillo podría decirle a usted cosas divertidas. Se llama «Saint-dome» al

tabaco por que antes venía de Santo Domingo. En Alemania se habla de Nazis. Eso viene de «nez» (nariz), y yo le podría citar toda una serie de palabras apaches sobre esa base argótica. Así, pues, Hitler habla argot!...

Se me aparece un mundo nuevo. Se podría decir que la literatura más viviente de Francia se contacta, de lejos o de cerca, con el argot. Tanto los viajeros como el caballero de Assoucy, hasta un académico como Littré, pasando por Montaigne, Rabelais, Hugo, Richepin, todos los escritores que se fijaron en el pueblo y quisieron dar nervio a su estilo, han adoptado palabras del argot.

—He aquí un segundo cuaderno. Aquí consigno cómo viven los presidiarios y prisioneros, hombres y mujeres. He aquí un tercer legajo: cómo aman esas gentes rechazadas por las leyes establecidas, para hacer las suyas; cómo permanecen fieles; cómo se explotan y se odian. ¡Oh, las extrañas palabras que dicen en Saint Lazare, la famosa prisión de mujeres de París, o en los lugares de deportación! Cómo se comunican por un alfabeto sonoro en las prisiones...

¡Las cartas sorprendidas en manos de los prisioneros son obras maestras de estilo! Un tubo de chimenea se llama «tirabuzón» porque los elementos se ensamblan uno en el otro. Un «metro»... eso quiere decir un franco, unidad monetaria! Todos los países han aportado su aluvión sintáxico a esa «gramática parda». El árabe con la palabra «nafha» ha dado «eau d'Affe» (aguardiente).

—¿No vendrá ello del catalán «aygue naf»?

—Tal vez. En todo caso, teniendo el Argot sus títulos nobles, se halla esa etimología en la literatura clásica, en Tallemant de Reaux!... Un amante joven se llama «Jesús». No «Tener ley» significa ser perseguido.

Durante una hora interrumpí el trabajo de la Imprenta de la Media Luna para escuchar el desfile de maravillas del vocabulario argótico.

—¿Qué piensa hacer con esas maravillas? Eso representa un trabajo enorme.

—Señor, voy a publicar «La Vie étrange de l'Argot» (La extraña vida del Argot), es decir, un diccionario de 1,000 páginas. Allí haré figurar todas las palabras de argot. Los malhechores conocerán de qué extrañas palabras de santo y seña se sirven para comunicarse entre ellos secretamente. Contaré también cómo se abandona a los niños. Tal como ese pobre que recogido por manos argóticas en San Juan de la Ronda, llegó a ser el famoso Dalember, el gran enciclopedista francés... Daré re-

producciones de tatuajes, ese argot de la piel. Fotografías de los útiles empleados por los ladrones, los vestidos de las mujeres, etc.

La lista de los elementos que nutren la renovación perpetua del argot es infinita. Me despido del señor Emilio Chautard, obrero impresor y autor de diccionarios, miembro de la Sociedad de Historia de París y de la Isla de Francia, que democráticamente vuelve a su linotipia a componer la redacción de un párrafo de crónica, del cual hubiera podido escribir el drama para su diario en auténtico lenguaje argot.

Su obra, editada por Denoël y Steele, contribuirá con un monumento más a la literatura. Pero sobre todo, será un guía del París prohibido, del verdadero París apache, el mezclado de sangre, lágrimas, sufrimientos y prisión, el que no ven los turistas apresurados... ni los parisienses caseros y perezosos.—
ADOLPHE DE FALGAIROLLE.

(Exclusivo para «Atenea». Trad. directa de N. A.)

LA VERDADERA HISTORIA DE DIANA DE POITIERS

DIANA de Poitiers nació el 31 de Diciembre de 1499. De noble ascendencia, llamábase señorita de Saint-Vallier, en razón del dominio de sus antepasados. De niña había estado al servicio de Susana de Borbón, a cuyo lado aprendió buenas maneras y practicó el latín, a la vez que cultivó su afición natural por las lecturas y por las bellas artes. A los catorce años casó con un hombre treinta años mayor que ella, feo, jorobado, si bien de alta situación en el reino; con el Senescal de Normandía, Luis de Brézé. Diana pasó a formar parte así de la Corte de Francisco I y constituyó allí un verdadero adorno. Nacida en el último suspiro del siglo XV, conservó ciertos aspectos tradicionales y tomó con alguna reserva las modalidades del nuevo siglo y del nuevo estilo de Corte implantado en Francia por el primero de los Valois.

Debido al cargo de su marido, Diana de Poitiers tuvo su residencia oficial en Rouen, en el Castillo de Bouvreuril. Aquí secundó las labores sociales del Senescal. El la adoraba y guardábale ella toda suerte de consideraciones. Por lo demás, cuando Diana apareció en la Corte, no había desenvuelto aún la esplendidez de su hermosura, ni llamaba la atención como mujer ga-